

## CARTA PASTORAL NÚMERO 18

- La embriaguez es la turbación que produce el licor en las personas y transforma su personalidad.
  - Monseñor Builes, en esta pastoral, alerta sobre el aumento del consumo de licor en niños, jóvenes, adultos y también en mujeres, en todo el país. Esta situación trae consigo la descomposición familiar, la ruina económica, la miseria moral y religiosa y el irrespeto a las sanas costumbres, que atentan contra la dignidad humana y la imagen de Dios que todos llevamos dentro. El obispo también da unas pautas para curar este flagelo social, que embrutece las masas, con consecuencias funestas en las futuras generaciones.
- 

2 de febrero de 1935

### LA EMBRIAGUEZ

**Monseñor Miguel Ángel Builes**  
Obispo de Santa Rosa de Osos

Entre los muchos males que de algunos años atrás vienen azotando con caracteres alarmantes nuestra feligresía y, para decir verdad, a toda la patria colombiana, está el gravísimo flagelo de la embriaguez.

En un principio tuvimos intención de hablaros en esta pastoral de la masonería, la religión de Satanás, que desde tiempo atrás estableció sus talleres o logias en varias ciudades de la República y que acaba de fundar una logia en la cristianísima capital de nuestro departamento con la consigna de borrar a Dios de nuestras leyes, usos y costumbres, para que reine en su lugar el demonio; juzgamos luego que el más adecuado tema sería el de la instrucción y educación públicas que en vertiginoso desplome se están precipitando en el abismo de la laicización; se nos ocurrió al fin lanzar un poderoso grito pastoral contra la deshonestidad, que, como un torrente de fétido fango, arrastra en sus hondas lodosas las almas de toda edad, sexo y condición, valiéndose de cuantos medios están a su alcance, sobre todo de la lectura y del cine inmoral, para apresurar su obra de devastación.



Mas al ver que en nuestras cristianas parroquias aparecen ya por las calles, no solo hombres grandes, sino incontables jóvenes y hasta niños y mujeres borrachos, considerando que solo en la religión podrá encontrarse valla eficaz para tan grande mal, hemos resuelto hablaros más bien de la embriaguez, exponiendo a vuestras reflexiones y meditación cuatro puntos principales que son: lo que es la embriaguez, la gravedad de este pecado, las consecuencias que trae consigo y, en fin, sus remedios.

- I -  
**Noción**

¿Qué es la embriaguez? Como acto, es el envenenamiento rápido y pasajero causado por el alcohol ingerido, y se llama en el lenguaje vulgar borrachera, acto repleto de vileza, de fealdad y de ignominia. Cuando es ya el hábito, se define, teológicamente, vicio, que consiste en usar desordenadamente de las bebidas alcohólicas hasta la privación total o parcial del uso de la razón. Demonio llaman los santos padres al licor, y energúmeno voluntario al que tal demonio ingiere.

Descuret, en *La medicina de las pasiones*, describe así al borracho: "Se presenta rudo y torpe; su modo de andar, pesado y embarazoso; en su rostro, requemado y cobrizo, aparecen esparcidas algunas vegetaciones; su nariz, sobre todo, está encarnada y granujiento; sus ojos, lánguidos y marchitos; su aliento, fétido; sus labios, entumecidos, colgantes y agitados por un temblor continuo. La piel ha perdido su color, se ha vuelto de un amarillo particular, está floja y cubierta de arrugas prematuras. Los músculos, atrofiados, no tienen fuerza; los movimientos del borracho son siempre inciertos y vacilantes a causa del temblor que le coge, particularmente las mañanas y las noches. En él, la memoria se halla en parte destruida; el juicio abolido y las percepciones oscuras y confusas no le permiten recoger sus ideas. La cabeza, vergonzosamente inclinada hacia el suelo, parece denotar la abyección y el embrutecimiento del borracho. Indiferente a todo lo que no es bebida, come poco, descuida el aseo en el vestir o bien se cubre de sucios y asquerosos harapos; y entonces es cuando se puede aplicar a tan innoble estado la enérgica voz de los latinos, crápula".

La historia de la embriaguez es vieja: sus orígenes se remontan hasta el diluvio. El anciano padre Noé, ignorando los efectos del jugo de la vid, lo bebió, se embriagó y se quedó dormido desnudo. Su hijo Can se burló de la desnudez de su padre, quien, indignado, maldijo al hijo y a toda su descendencia. Desde entonces, la raza cananea lleva consigo la maldición de su padre, la que se manifiesta en una propensión irresistible al abuso de los licores y a los vicios impuros que de allí dimanar, cosa que los etnólogos han podido observar muy bien. Inventose después con qué suplir el vino y se fabricó el "agua de vida", que se llama aguardiente y que no es agua de vida sino de muerte, como la chicha, como el brandi, como el ron y como todas las demás bebidas destiladas, entre ellas las del terrible contrabando, llámese como se llamare, todos los cuales matan las almas y matan los cuerpos.

Para dar a conocer los tres períodos ordinarios de la embriaguez, transcribimos el siguiente párrafo de Lancercaux: "Al bienestar general, que determina una débil cantidad de bebida, sucede, en una ingestión más abundante, una excitación general; aumenta la fuerza muscular, brillan los ojos, resplandece la fisonomía, estalla una alegría que no es natural; las preocupaciones se desvanecen, el valor es intrépido, se exalta la sensibilidad, la temperatura se eleva. Viene luego una agradable sensación de vértigo, se oscurece ligeramente la vista, zumban los oídos, el andar es indeciso y vacilante. A la excitación simple sucede, poco a poco, una desordenada; los rasgos de la fisonomía se hacen notar por una gran movilidad, la palabra se dificulta, una charlatanería inepta, discursos sin trabazón suceden a la inspiración del espíritu excitado; la alegría es extravagante. Otras veces, al contrario, domina la tristeza".

“En el período del abandono se hacen confidencias imprudentes. Este momento lo esperan el curioso, el adversario, el policía, para sorprender los secretos. Este hecho depende de un debilitamiento de la inteligencia y de la voluntad. El individuo ha perdido la autoridad sobre sí mismo; incapaz de razonamiento, es víctima del que ha conservado su sangre fría. La personalidad se exagera: el hombre arrebatado se vuelve pendenciero, brutal; el de carácter sombrío, llora y se entenece; o se transforma la personalidad, y el tímido se vuelve audaz y especialmente fanfarrón. A la parálisis moral se agrega la parálisis física”.

“Sobreviene, en fin, el tercer período, el de la depresión. La fisonomía, antes congestionada, palidece; se siente necesidad de reposo, de sueño. El individuo es un animal sin conciencia”.

## - II - Gravedad

Un animal sin conciencia es el borracho. Al animal le rige el instinto, al borracho nada le gobierna, porque el timón del hombre es la razón, y la embriaguez le arrebatara violentamente su uso, quedando los sentidos sin el control de la razón. Peor que el bruto es el borracho, porque el bruto no pierde jamás el instinto que regula sus actos, mientras que en él hace las veces del instinto. A este respecto decía Salustio: “Al ebrio no se le debe poner en el número de las bestias, sino de los difuntos, porque no usa de su razón y está dentro de sí como en una sepultura”.

Por eso es pecado tan grande la embriaguez, porque tuerce los designios de Dios y porque trae consigo otros innumerables pecados, lo que hizo que los santos padres compararan la embriaguez a “una charca podrida donde se crían multitud incontable de reptiles asquerosos llenos de veneno mortal”. “El borracho trastorna el orden de la naturaleza”, dice san Agustín. “El vino es el peor de los venenos”, exclama San Ambrosio, “porque daña el cuerpo y daña el alma”. “Donde está la borrachera”, dice San Crisóstomo, “se destierra la razón y se trastornan los juicios”. Orígenes la llama “madre de todos los vicios” y san Jerónimo, preguntado por lo que es un borracho contestó: “Es un hombre que ni está vivo ni está muerto”.

Abramos la sagrada teología y estudiemos la gravedad del pecado de la embriaguez. La borrachera perfecta, es decir, aquella en que se pierde el uso de la razón, es de suyo pecado mortal; la imperfecta, es decir, aquella en que solo se pierde a medias el uso de la razón, es de suyo pecado venial. Pero aun la borrachera imperfecta es pecado mortal cuando se da escándalo, como la de un padre de familia que con frecuencia se embriaga, aunque sea a medias, o cuando se bebe licor para excitar las pasiones impuras o cuando se causa grave daño a la salud o a la familia, v. gr. cuando se quita o se merma el pan a los hijos o se lleva el dolor o la tristeza a la pobre esposa, a los hijos o a los padres, lo que siempre o casi siempre ocurre.

Con palabras terribles se expresó san Pablo cuando dijo: “... ni borrachos (...) heredarán el Reino de Dios” (1 Corintios 6, 10). Sí, los borrachos no entrarán al cielo, porque borraron en su alma la imagen de Dios y se arrojaron en un estado más miserable que el de los brutos, arrebatándose la razón y perdiendo por eso el gobierno de sus sentidos.

Pero escuchad otras formidables palabras de los libros santos, para que, si no por amor a Dios y por vuestra propia dignidad, al menos por temor evitéis los excesos de la bebida. “¡Ay,

los que ya por la mañana andan detrás del licor; los que siguen hasta el ocaso, enchispados por el vino!" (Isaías 5, 11). Grita Joel: "¡Despertad, borrachos, y llorad, gemid todos los bebedores de vino" (Joel 1, 5). Bebe y duerme, exclama Habacuc, que pronto beberás el cáliz de la indignación divina (cf. 2, 16). Por lo cual, según Moisés, el vino se convierte en veneno de áspides insanable (cf. Deuteronomio 32, 32). Y nuestro Señor dice: Tened cuidado no sea que con la embriaguez se hagan pesados vuestros corazones (cf. Lucas 21, 34). Exclama san Pedro: "Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar" (1 Pedro 5, 8).

### - III -

## Consecuencias

Fuera de esta terrible y fatal consecuencia de la embriaguez, que es la eterna condenación, veamos otras que de tal vicio dimanar y que se refieren al individuo, a la familia y a la sociedad.

1. -En cuanto al individuo, en el orden espiritual, mata el alma, lo hemos visto ya; pero en el orden físico causa también estragos pavorosos que llevan a la misma muerte. Son las enfermedades y trastornos orgánicos que todo cristiano tiene que prevenir y para ello evitar la causa, que es el malhadado licor. Un célebre médico, Debove, dice: "Basta haber pasado algún tiempo en las clínicas, para reconocer que en los grandes bebedores tienen gravedad excepcional las enfermedades, así agudas como crónicas". La causa nos la expresa monseñor López Peláez, cuando dice: "Cuidadosas y prolijas experiencias han demostrado que el alcohol no se descompone al contacto del aire en los pulmones durante la respiración, sino que sale del cuerpo como entró; mezclado pues con la sangre, es conducido a través de todos los órganos, ejerciendo en cada uno, en grado muy diverso, su acción venenosa, hasta ser desalojado con los productos respiratorios, el sudor y demás medios eliminatorios".

En los borrachos alcoholizados, las heridas difícilmente cicatrizan; las enfermedades infecciosas con poco éxito se combaten; la vejez abre sus puertas prematuramente, surcando de arrugas en plena juventud el rostro del borracho, tiñendo de nieve su cabeza y abriéndole desde muy temprano la fosa sepulcral. Porque el estómago "oficina donde se fragua la salud de todo el cuerpo", según Cervantes, está siempre en ascuas e irritado, por los fuegos del licor; las arterias tienen que cargar, juntamente con la sangre que es vida, el alcohol que es muerte, duplicando así su trabajo, lo mismo que el del corazón, cuyas pulsaciones, según el testimonio de los médicos, tiene que multiplicar fuera de toda regla, debilitándose la presión sanguínea y desgastando apresuradamente las fuerzas vitales; las vías respiratorias se debilitan de tal manera que se abre el camino franco a las neumonías y a la tisis, siendo de notar que ahí donde más se bebe es donde más estragos hace la tisis, lo que hemos podido observar personalmente en nuestro ministerio sacerdotal.

¿Y qué decir del sistema nervioso bajo el influjo fatal del alcoholismo? ¿Cuál es la causa del mayor número de trastornos mentales y por consiguiente del mayor número de asilados en los manicomios? Bastaría ojear las estadísticas de todos los pueblos de la tierra, y ellas nos sacarían verídicos en nuestras afirmaciones.

El Dr. Eduardo Ferrer dice: "No cabe la menor duda. Doctos e indoctos han de reconocer, puesto que la cosa es tan clara como la luz meridiana, que el más importante de los centros nerviosos, el cerebro, es el órgano en que recaen directamente y de rechazo todas

las consecuencias de la exaltación, primero, y de la perversión funcional, después, que el alcohol produce. Todo, por tanto, contra su normalidad fisiológica de la que depende la conservación de los más preciosos atributos del alma humana: el juicio y la voluntad". Y Rossin agrega: "El idiotismo completo, la imbecilidad más asquerosa, la estupidez más repugnante, he ahí el último trastorno mental de no pocos bebedores" (*L'alcoholisme chronique tendant a la demenec*). Hasta venir a él es lo ordinario recorrer larga y dolorosa no menos que vergonzosísima senda, a cuya mitad afortunadamente retroceden algunos; pero aún en sus comienzos, desde los primeros pasos a que tantos se atreven, repáranse en casi todos los que tales caminos de perdición andan, los efectos venenosos del alcohol: la memoria se debilita, la atención se cansa, el pensamiento se nubla, la asociación se dificulta, cualquier esfuerzo mental fatiga; la imaginación, que al pronto parece adquirir alas, luego se entorpece, y el hombre se nota cada vez menos útil para todo lo que exija meditación y estudio. Semejante situación cerebral se refleja en todos los actos de la vida: el alcoholista (sic) tiene frecuentes distracciones, no puede sujetarse por mucho tiempo a una ocupación seria, y así van a menos sus negocios, nadie en su diligencia fía, y su hacienda sufre el natural detrimento.

2. -Estudiemos las fatales consecuencias de la embriaguez respecto de la familia. Desde luego queremos descorrer el velo y que se vean las miserias. No hay fidelidad, porque, al decir de Séneca, "la borrachera destruye el pudor, valla de la virtud y trinchera contra el mal", y porque, al decir del Espíritu Santo, "en el vino está la lujuria", y por eso el borracho es infiel ordinariamente. De esas infidelidades y del hecho mismo de ser borracho el jefe del hogar, cuyo carácter se agría y agría a todos los de casa, vienen las penas morales, las tristezas, los desengaños, los celos, las iras, los disturbios, las invectivas, las palabras escandalosas, las riñas y golpes, los malos tratamientos y hasta la disolución misma del hogar. En consecuencia, en la casa del borracho no hay paz: la casa del borracho es un infierno en la tierra. Por otra parte, en la casa del borracho no hay pan. Porque la taberna es un abismo insondable que absorbe los sudores del padre y las economías todas del hogar. Ahí se cierne como un esqueleto sañudo la sombra implacable del hambre; la miseria es ahí reina y señora, que domina sobre una pobre mujer y unos infelices hijos enflaquecidos, de rostro macilento, entrecejo arrugado, mirada torva, labios irritados, andar desenfadado, alma herida y corazón estrujado, listo al crimen, en venganza de ese otro crimen del padre, que, por beber en la cantina el pan, les deja a ellos perecer y morir. En aquella casa destartalada y sombría no hay ropas para cubrir las carnes enjutas de sus habitantes, no hay muebles, no hay tendidos, no hay vajillas, no hay nada, porque ¡la cantina infame lo absorbió todo!

Vienen al hogar las enfermedades, a veces como consecuencia de la misma embriaguez del padre y del alcoholismo transmitido a los hijos, y ahí tenéis miserias nuevas que se hubieran podido evitar sin el vicio abominable del licor.

¿Y qué decir del amor de esposa e hijos, sin el cual es imposible vivir? El aguardiente endurece el corazón; el borracho no sabe, no puede amar. "El fuego del alcohol –dice Monseñor López Peláez– seca todo afecto humano. El que está sometido a su influencia, ni aun se acuerda de sus hijos. No se ocupa nada o se preocupa muy poco de su educación. Y la buena que reciban la perderán con los malos ejemplos que él les da, con las blasfemias, con las murmuraciones, con los arrebatos de ira, con las obscenidades, con los pecados de todo género. ¿Y qué respeto podrán tener a quien a sí mismo no se respeta nada? ¿Cómo

obedecerán de buen grado al que no obedece a la razón, sino a los más bestiales instintos? ¿Cómo querrán bien a quien les maltrata a la madre y la denigra y la afrenta por mero capricho, sin que exista siquiera pretexto? No es mucho para extrañar que sea odiado por los propios hijos y, aun en algún caso, de ellos reciba la muerte, quien es la ruina de la casa, el verdugo de la esposa, el oprobio de la familia”.

¡Pobres familias colombianas, pobres familias antioqueñas, si no se pone un valladar eficaz al alcoholismo! Un padre de familia conocimos que se emborrachaba con sus hijos mayorcitos y se bebía con ellos el jornal de la semana, pasando el domingo en orgías criminales. Un día, mientras ellos se divertían, la esposa y madre, desgastada por los sufrimientos y un trabajo exagerado para suplir las deficiencias del marido, moría solita al dar a luz un nuevo ser; los otros chiquillos entre tanto, vestidos de harapos, ateridos de frío, lloraban de hambre en un rincón de la casa, llamando inconsolables a su madre, a su pobre madre yerta. ¿Y no será este un crimen que clama venganza al cielo?

En una de las parroquias de nuestra Diócesis se consumieron en el año pasado \$ 18,20 de licores nacionales por cabeza; y en los 3 últimos meses se consumieron 9.000 litros, fuera de los licores extranjeros, que son, por otra parte, abundantísimos. ¿Qué esperanza queda? ¡Pobres familias colombianas, pobres familias antioqueñas, si no se pone un valladar eficaz al alcoholismo!

3. -La sociedad se compone de individuos y de familias; por tanto, ese cúmulo de males, que por el vicio de la embriaguez pesan sobre los individuos y las familias, cae igualmente sobre la sociedad.

¡Oh!, ¡qué mal social tan grande es la embriaguez y qué cuadros tan tristes presentan nuestras calles en las fiestas más simpáticas del año, en la Navidad, en los días sagrados de la Semana Santa, en la Pascua de Resurrección, en las fiestas patronales y en otras muchas circunstancias! Niños de 12 años beodos, echados por los suelos abrazados a una botella, energúmenos por el licor, siguiendo el ejemplo de sus mayores. ¿No es este un mal social de fatales proyecciones para la religión, para la patria y para la raza?

El alcohol es causa de degeneración de la raza. El organismo todo de los hijos de alcoholizados es débil y enfermizo, y el sistema nervioso alterado. La inteligencia es a menudo precoz, pero luego se estaciona y viene el desequilibrio de las facultades. Que lo digan los niños de nuestros chibchas de Cundinamarca y los que en otros departamentos de Colombia son víctimas del chichismo: vivos, de brillantes cualidades intelectuales al principio, se tornan estúpidos y lerdos de los 10 y 22 años en adelante. Y no es porque entonces empiecen a beber chicha, sino porque desde el seno de sus madres llevan el estigma de su desgracia, el alcoholismo. ¿A dónde irá a parar esta raza antioqueña, empujosa (sic) y fuerte, si prosigue envenenándose con el aguardiente?

Un célebre alienista, Cruveilhier, escribió: “En la primera generación aparecen la inmoralidad, la depravación, los excesos alcohólicos; en la segunda, la borrachera hereditaria, los excesos maníacos y la parálisis general; en la tercera, las tendencias hipocondríacas, la lipemania y las tendencias homicidas; y en la cuarta, la inteligencia está poco desarrollada, y el niño, estúpido o idiota, y degradado, no llega a la edad adulta y la raza se destruye”. He aquí el secreto de la desaparición de muchas tribus indígenas, de las cuales solo han quedado los

tristes vestigios y la historia. Algunos conquistadores y colonizadores lo sabían, y propagaban entre esos infelices indígenas la borrachera, para que se extinguieran. Y las riñas, asesinatos, banderías, odios, recelos y envidias que engendra la embriaguez ¿no son males que afectan hondamente la sociedad? Y los hospitales y los manicomios y las cárceles llenas de andrajos corporales, mentales y morales ¿no son por ventura un grito de protesta contra este mal social de la embriaguez?

Todo este cúmulo de males incalculables y otros que no contamos, se pueden resumir en estas palabras severas de los libros santos: "El vino es arrogante y el licor, pendenciero; quien se pierde en ellos no llegará a sabio" (Proverbios 20, 1). De ella proceden las riñas (cf. Proverbios 23, 29-30). El vino bebido con exceso engendra irritación e ira y llena de amargura el alma (cf. Eclesiástico 31, 29-30). "¡El vino y el mosto hacen perder el sentido!" (Oseas 4, 11). Hace perder a los hombres la sabiduría, olvidarse de todo y deponer todo legítimo temor y andar como en tinieblas, siendo capaces de matar sin compasión a sus propios hijos, y comer las entrañas de los hermanos, y devorar su sangre. Y en efecto, con la sangre vertida por manos criminales empujadas por el demonio del alcohol, se formarían ríos y mares tan extensos y dilatados como los ríos, como los mares que riegan la tierra.

#### - IV - Remedios

Estudiemos ahora los remedios de tan terrible mal. Y sea el primero recordar que sois cristianos y la ley de Cristo prohíbe la embriaguez. Reflexionad, medita en las terribles consecuencias que acabamos de enumerar, y no os sentiréis con fuerzas para seguir violando la santa ley de Dios. Si el profeta Jeremías nos dice que la desolación que cubre la tierra es efecto de la irreflexión, pensad que tenéis un alma y que sois seres racionales, y que el alcohol mata el alma y abate el ser racional a un estado peor que el de los brutos. Y si es que teméis a Dios, absteneos de la abominable industria de producir licores con que se envenenan los cuerpos y las almas, haciéndoos reos de cuantos delitos se cometan a causa de los contrabandos. Den buen ejemplo los padres a sus hijos huyendo de la cantina y reprendiéndolos enérgicamente cuando observen que ellos empiezan a echar por las sendas tortuosas de la embriaguez.

Por parte del Estado, mediten los legisladores en el mal de incalculable trascendencia que están causando al pueblo, cuyo bien han jurado procurar. Porque eso de hacerse a rentas copiosas a costa de la salud del pueblo, dejando a ese mismo pueblo hundirse en el abismo de la más espantosa ruina moral y material; es un pecado público que atrae al fin los castigos de Dios para pueblos y naciones. Búsquense otras fuentes de entradas, evitando así la degradación de sus representados. Y los encargados de ejecutar las leyes, que acostumbran entrarse ellos mismos por los caminos de Baco, en vez de reprimir los desórdenes, conforme lo han jurado al posesionarse de su cargo, recuerden aquellas palabras de las Sagradas Escrituras: "Los poderosos serán poderosamente examinados" (Sabiduría 6, 6).

Nos hacen falta leyes más fuertes restrictivas del tan grande azote del alcoholismo y autoridades morigeradas y severas que apliquen a los transgresores la vara de la justicia, sin debilidades ni cobardías.

Y ya que en nuestra Diócesis se ha establecido en casi todas las parroquias la Acción Católica, con vosotros hablamos nobles cruzados de la causa del Rey divino: a vosotros toca poner la triaca a este veneno social, guardando primero vosotros la más rigurosa templanza, y procurando después cuatro cosas: 1.<sup>a</sup> Una legislación que nos salve y el cumplimiento de las leyes ya existentes, especialmente sobre menores. 2.<sup>a</sup> El establecimiento de sociedades de temperancia tan recomendadas por la Santa Sede y aun enriquecidas con indulgencias, como se puede ver en las actas de la Santa Sede<sup>27</sup>. Estas sociedades de temperancia se establecieron entre nosotros con grande éxito hace unos 40 años. Decayeron luego y se reagravó el mal, pero las élites de la Acción Católica pueden volverlas a establecer con bases de mayor estabilidad, para el bien de la religión, de la sociedad y de la patria. 3.<sup>a</sup> Que las directivas de hombres y jóvenes de la Acción Católica de cada lugar emprendan series de conferencias públicas sobre el alcoholismo en los días de reunión, para que, como apóstoles del bien en pro de nuestra pobre sociedad estrujada por los vicios, instruyan al pueblo sobre los males que hemos apuntado y otros muchos que trae consigo el alcohol. Agréguese a las conferencias, las hojas y gráficas de propaganda antialcohólica, que harán igual o mayor bien que las conferencias mismas. 4.<sup>a</sup> En fin, que los maestros (si no están ellos mismos inficionados por este mal) infundan en el alma plástica de sus educandos el odio y el precio que tan repugnante vicio merece, haciéndoles ver a lo que se reduce el borracho y cuán abominable es su conducta, para que detesten desde niños la bebida y huyan de las cantinas y de la sociedad abyecta de los beodos.

¿No podrían, en consecuencia, los socios de mutuo auxilio, las asociaciones de hombres en cada parroquia y en general todos los hombres de buena voluntad firmar en cada lugar, con la sanción de una multa convencional, compromisos de temperancia, que salvaran a nuestra sociedad?

Meditad, amados hijos nuestros, en todas estas verdades y que, por la virtud social de la temperancia, reinen la alegría y la paz en los hogares y en la sociedad.

La presente pastoral será leída en dos o más domingos después de su recepción, en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis.

Dada en Santa Rosa a 2 de febrero del año del Señor de 1935, día de Nuestra Señora de La Candelaria.

+ Miguel Ángel Builes  
Obispo de Santa Rosa de Osos

---

27 VI, pp. 246 y 309.